

El mentidero de la Villa de Madrid



Mentidero de las Gradass de San Felipe el Real

Nº 711 – Martes 10 de Enero de 2023

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **Lo largo que se nos va a hacer el año**, *Emilio Álvarez Frías*
- ✚ **El motorista**, *Manuel Parra Celaya*
- ✚ **La ignorancia destructiva**, *Juan Van-Halen*
- ✚ **Siete patriotas recuerdan a Sánchez que es mortal... e igual**, *Eduardo Inda*
- ✚ **Paradoja del fuego y la gasolina**, *Tomás Salas*

Lo largo que se nos va a hacer el año

Emilio Álvarez Frías

Si se va haciendo largo el tiempo pasado en el que hemos ido descubriendo las ideas de Pedro Sánchez, sus ocurrencias diarias, su capacidad de cambiarlo todo a peor, el interés que tiene de mantenerse en el sillón de la Moncloa mientras va buscando otro puesto más o tan rentable, donde pueda lucirse personalmente... no parece que el año que recién iniciamos vaya a resultar más corto por tranquilo, sencillo y lleno de bondades tanto para la mente como para el corazón, en el que España vaya amaneciendo con mejores tiempos, más paz entre todos los que la poblamos, una comprensión que nos conduzca por el buen camino que, hemos de convencernos, no está de la mano de Teresa Rivera por más que parece la más espabilada del Gobierno, María Jesús Moreno que más cabe pensar está preparada para dirigir la feria de ganado de Zafra, Grande-Marlasca que parecía útil cuando ejercía de Magistrado pero que se ha destapado como de poco fiar en varios sentidos, la Calviño que a veces se desgrena sobre todo cuando se habla de los buenos puestos que encuentra para su marido en lugares de lucimiento,



Yolanda Díaz quien pretende ser más comunista que Álvarez del Vayo con vocación de arreglar el país a base de repartir el erario público entre las masas en lugar de ponerlos a trabajar, Albanes que parece que su posición es pensar que levantando la cabeza consigue convencer a todo vicho viviente, Belarra que pretende enseñar sin haber aprendido, Isabel Rodríguez quien con su desparpajo trata de convencer y acoquinar a sus oyentes pasando de la candidez a la cara de perro, Iceta... para qué vamos a hablar de este saltimbanqui, Bolaños que es incapaz de mostrar buenas maneras y con el descaro que lo acompaña normalmente y la impudicia con que obra se empeña en machacar al opuesto, Irene Moreno que ocupa el primer puesto de quienes tienen que aprender para después soltarse por el campo, Alberto Garzón que todavía no ha nacido humano que pueda asegurar que vale para algo, Diana Morant que ha admitido dirigir un ministerio donde hace falta echar mano de inteligencia, estudios y haber aprendido un montón de cosas... y, como nos hemos cansado de echar mano de la memoria para valorar a la plebe que gobierna el país, lo dejamos aquí.



Confieso que tengo amigos sumamente listos con los que he aprendido algo. Ellos si están dotados de psiquis con la que miran lo que nos rodea pues ya se sabe que con el alma de la psiquis se adquiere alguna capacidad de analizar la vida humana valiéndose de la sustancia espiritual e inmortal de la que llegan a usar los seres humanos, utilizando viveza, espíritu, energía... Con ello se va aprendiendo, y poco a poco se va adquiriendo un conocimiento sin que nadie te enseñe, basta con fijarte en lo que va sucediendo en el mundo en el que vives o analizas. Y con ello, hasta es posible llegar al axioma que nos dejó Edgar Allan Poe de «Ten cuidado con lo que deseas, podría hacerse realidad», aunque sea difícil, hasta puede asegurarse que imposible en algunos casos que andan por el mundo como si fuera suyo. Lo dijo un tipo que murió a los cuarenta años, que dedicó su vida a infinidad de cosas, con la costumbre de escribir corto, pues no tenía tiempo para hacer novelas como las que hoy día se premian, de cerca de setecientas páginas, repitiendo las mismas cosas en muchas páginas, hasta hacerlo tedioso en no pocos casos.

Y el año que empieza hemos de vivirlo no poco con lo que cuenta la prensa – y debe ser un porcentaje pequeñísimo respecto a la realidad–, lo que va apareciendo por los tribunales de justicia, lo que salta por aquí y por allá respecto a cómo han metido mano unos y otros en las arcas del Estado, la cantidad de infiltrados que hay en todos los estamentos echando una mano a los intereses del presidente en cuanto a cambiar las estructuras de la nación y las ideas de los españoles; se nos va a hacer largo el discurrir de días y meses ante el ansia que tenemos de que se vaya destapando la caldera de los desmanes que ha de estar a todo trapo. Porque las sospechas son de todo tipo, con intervención de manos de los más variados escalafones y procedencias, que, a pesar de no

producir todo el escándalo que ocasionan, son conocidas en infinidad de cocinas donde han manipulado desde los chefs con estrellas a simples pinches.

Va a ser un año largo hasta que tengan lugar las elecciones de mayo por un lado, y la que nos tiene anunciada el presidente para diciembre de otro. ¡Lo que se puede hacer en 365 días, doce meses o un año! Desde el cambio radical a la subsistencia de esas migrañas que no nos permiten dormir con calma y en paz.

El motorista

Manuel Parra Celaya

A diferencia del resto de mi familia, soy renuente a comprar vía Internet, aunque me llamen anticuado. En primer lugar, porque nunca puedes tener la seguridad de que lo adquirido esté ajustado a tus expectativas, sea por las medidas, la calidad, el material de fabricación o por cualquier otra característica que quedara disimulada en las fotos de propaganda; claro que en las elecciones suele ocurrir lo mismo con los candidatos...

Hay una segunda razón de no acudir a ese tipo de compras (me refiero a lo de Internet, no a la política), y es que, como el ejemplo ha cundido entre los hijos ya casados, ves convertido tu domicilio en una especie de plataforma logística



donde se van recibiendo paquetes a cualquier hora del día; por ejemplo, mientras escribo estas líneas, dos mensajeros me han hecho depositario de sendos bultos, ninguno de los cuales –como es natural– va dirigido a un servidor.

Los transportistas cumplen su cometido, por supuesto, y no me quejo de ellos, pues no se puede *matar al mensajero* por una costumbre tan extendida y que día a día gana adeptos.

Pulsan el timbre del interfono y pueden desconcertarte unos momentos, pues no esperabas visitas. Su papel viene a ser, salvando las distancias, el que, según mis mayores y las leyendas urbanas del franquismo, cumplía aquel motorista de El Pardo, encargado de comunicar a domicilio los nombramientos y ceses de ministros y otros cargos durante *la Oprobiosa* (según expresión de Adolfo Suárez, antiguo Ministro Secretario General del Movimiento, para más inri).

Se comentaba que los presuntos *ministrables* se comían las uñas de impaciencia, esperando oír el rugido de la moto con matrícula PMM, y, una vez entregado el sobre oficial, era recibido y abierto con el natural alborozo. Por el

contrario, quienes, en plena ocupación de su cargo, recibían al motorista de improviso, ya sabían que se trataba de su cese, seguido de la consabida fórmula de *agradecimiento por los servicios prestados*.

Claro que eso ocurría durante aquel Régimen, pues ahora me da en la nariz que, de manera más campechana y democrática, los nombramientos se reciben por una llamada telefónica personal del gerifalte de turno, ya que se trata de incondicionales amigos del partido a quienes es debido *promocionar*; y eso sin tener excesivamente en cuenta currículums profesionales y académicos, conocimientos sobre el tema encomendado o *capacidades diversas* con las que hacer frente al cargo en cuestión. Sería injusta la generalización, pero hay demasiados casos en que no es precisamente la idoneidad profesional o la inteligencia natural la que ha privado a la hora del nombramiento, y ello es notorio para muchos españoles que piensan.

¿Sería posible restaurar el oficio y misión de aquellos motoristas de la leyenda? Si fuera así, tal como está la situación, deberían tener un plus por horas extras. Los domicilios de varios detentadores/as de carteras en el *gobierno Frankenstein* de nuestros pecados serían los primeros objetivos, por haberse probado con creces la inutilidad y/o la malignidad política de sus actuales ocupantes. El problema es quién enviaría a los susodichos motoristas, pues –



en opinión personal, intransferible y legítima– el primer destinatario del cese vía motorista sería el propio Presidente del Ejecutivo.

La vía de comunicación motorizada podría ampliarse a diversas Comunidades Autónomas. Para no

entrar en detalles, me centro en la mía, y desearía de todo corazón que el motorista llevara el cese –sin *agradecimiento* por ningún tipo de *servicio prestado*– a todo un *Govern* que sigue empeñado en proseguir el *procés* y no se dedica a gobernar para la mejora social, política y económica de esta sufrida Cataluña. En lo tocante a los Consistorios, también escribiré de lo que veo y conozco como paseante en cortes, y desearía que el motorista pusiera casi fijo su GPS en la Plaza de San Jaime de Barcelona, quizás único medio de que mi ciudad volviera a ser aquella referencia cultural, alegre, abierta y limpia –en todos los aspectos– para el mundo circundante.

Es evidente que el papel que antaño se asignaba al motorista –siempre según las *consejas populares* y los chismes políticos de aquellas épocas– lo tienen que desempeñar hogaño los votos; es decir, que corresponde a los ciudadanos subirse a la moto para depositar ese papelito en una urna, que pueda variar la actual situación.

Uno es bastante desconfiado al respecto, todo hay que decirlo, sobre todo después de haber leído *ad nauseam* que la mayor audiencia de las campañas de fin de año la tuvo la cadena que presentaba a una señorita portadora de *mensajes solidarios* bajo la tienda de campaña de su vestimenta original...

Quizás los *motoristas* actuales, encargados de llevar a domicilio ceses y nombramientos, deberían pasar antes por una amplia y generosa terapia de verdadera educación cívica, de informaciones claras y honestas y de conocimiento profundo de lo que es y debe ser España.

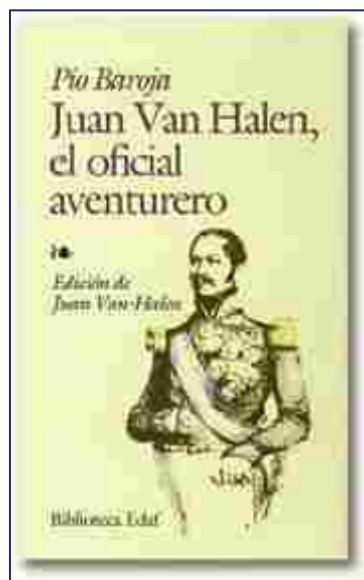
La ignorancia destructiva

El plato fuerte que ansían estos iconoclastas es echar abajo la Cruz del Valle de los Caídos, hoy –otra vez– Cuelgamuros

Juan Van-Halen (*El Debate*)

Lo que contó ayer Ramón Pérez-Maura en «Tener lectores disparatados» me produjo dos sentimientos inmediatos: el asombro y la congoja. Alguien que decide escribir el texto al que Pérez-Maura se refiere, enviarlo y sorprenderse de que no se publique no puede producir sino asombro además de congoja porque todo disparate supone un poso triste. Según el autor del requerimiento, relevantes personas que hemos conocido son masones irredentos y actúan a las órdenes de misteriosos y elevados dictados. Porque él lo asegura. Y nosotros sin percatarnos hasta que él nos muestra el camino de la verdad.

Baroja era gran conocedor de la masonería que aparece en no pocas de sus obras. Aquella masonería del siglo que más le interesó, el XIX, distinta a la de su tiempo con influyentes personajes durante la Segunda República. Permanecían los ritos tenebrosos y los símbolos extravagantes de los que don Pío hacía chanzas. Desciendo de un masón de la primera mitad del XIX, venerable de una logia militar, preso de la Inquisición de Fernando VII, de familia católica –la he seguido durante siglos y en ella figuran un abad mitrado y una canonesa– que huyó de los Países Bajos por su fe y sintiéndose inseguros por su mantenido españolismo. Aquel antiguo masón no sólo recibió agonizante los auxilios espirituales, también en su solemne cortejo mortuario –era un laureado general– abundaron las jerarquías eclesásticas. Fue enterrado en sagrado y allí sigue. No resultó incompatible con su remota adscripción masónica.



Nada del hoy es como el ayer. La masonería tampoco. Según no pocos historiadores el error en el que caen muchos intelectuales a la violeta y no digamos la generalidad de los ayunos de lecturas, es juzgar los hechos del pasado con

mentalidad del presente. Apuntalado en esa desviación Sánchez se sacó de la manga su llamada ley de Memoria Democrática. Según inteligente observación del filósofo Antonio Escohotado, Sánchez es un fofeno de Zapatero; no existe sino como un reflejo borroso de su maestro que, en un primer paso, aupó la ley de Memoria Histórica.

Esta última ley democrática promueve disparates como retirar la Cruz del Parque de Ribalta en Castellón, entre protestas del vecindario, como hicieron antes con la Cruz de las Descalzas en Aguilar de la Frontera e intentaron hacer con la Cruz de Villarrobledo, que paralizó un Juzgado. Los memorialistas de la mentira aducen para estos atentados al patrimonio cultural que son «vestigios franquistas» pese a que en ellas se recordaba a todos los muertos sin diferencias ideológicas. El plato fuerte que ansían estos iconoclastas es echar abajo la Cruz del Valle de los Caídos, hoy –otra vez– Cuelgamuros.

En esta orgía de destrucción ignorante se llegó a extremos pintorescos como la retirada fallida de un escudo de los Reyes Católicos en Cáceres porque contenía el símbolo «franquista» del yugo y las flechas. Y un ejemplo cercano: cierta diputada de Podemos propuso en el Congreso desterrar a los sótanos



de los museos las pinturas clásicas y modernas que ofendieran a la mujer o supusieran machismo. Su primera sugerencia para su exilio a los almacenes eran las obras de Picasso. Las señoritas de Avignon, por ejemplo, le parecerá machista. La ignorancia delata siempre al ignorante.

El origen de la legislación sobre la llamada memoria histórica, hoy democrática, fue una propuesta de Izquierda Unida. Hace ya cuatro décadas Jorge Semprún, que tenía motivos para saberlo, denunció en su *Autobiografía de Federico Sánchez* cómo funciona la memoria comunista: «Te asombra una vez más comprobar qué selectiva es la memoria de los comunistas. Se acuerdan de ciertas cosas y otras las olvidan. La memoria comunista es, en realidad, una desmemoria, no consiste en recordar el pasado, sino en censurarlo. No es una memoria histórica, testimonial, es una memoria ideológica».

El origen de la legislación sobre la llamada memoria histórica, hoy democrática, fue una propuesta de Izquierda Unida.

Sánchez cayó en esa trampa a sabiendas. Recordemos sus reproches a la oposición: «Les voy a dar una mala noticia: ETA desde hace años ya no existe». Pero pacta beneficios para etarras, en paredes del País Vasco siguen pintando «Gora ETA», se homenajea a etarras, y sus herederos, hoy sus socios preferentes, se jactan de marcar el calendario del Gobierno. Sin embargo, Franco, que murió hace casi cincuenta años, sí existe, y Sánchez aspira a pasar a la historia por algo tan facilón como mover sus restos.

Siete patriotas recuerdan a Sánchez que es mortal... e igual

Toque de atención de Felipe VI a Sánchez: «La Constitución no puede debilitarse ni caer en el olvido»

Eduardo Inda (*OKdiario*)

Ano de los magistrados que obró el milagro de anteponer la legalidad al partidismo o el amiguismo me lo comentó emocionado en la madrugada del lunes al martes:

–No podía permitir que, desde allá arriba, mi padre se sintiera avergonzado de mí–, me apuntó pasadísimas las doce de la noche, cuando este 19 de diciembre para la historia se nos había escapado de las manos. Lo digo porque todos los españoles de bien habríamos dado todo lo que tenemos para que el tiempo hubiera quedado congelado cuando, a eso de las diez de la noche, el Tribunal Constitucional lanzó a los cuatro vientos la fumata blanca más esperada.



Una resolución que frena el asalto de Sánchez a la Corte de Garantías.

No resultó sencilla la tarea para Concha Espejel, Antonio Narváez, Enrique Arnaldo, Santiago Martínez-Vares, Ricardo Enríquez y el presidente, Pedro González-Trevijano. A un servidor no le hubiera gustado estar en el pellejo de ninguno de los seis magníficos.

Las presiones, las calumnias e injurias a Trevijano y, sobre todo y por encima de todo, a Espejel y al superlativo Enrique Arnaldo habían sido moneda de uso corriente en los medios de pensamiento único desde que seis días antes el PP solicitase al Tribunal Constitucional medidas cautelarisimas contra el asalto del Poder Judicial por parte de ese socio de lo peor de cada casa que es Pedro Sánchez Pérez-Castejón. Por no hablar de las desagradables llamadas telefónicas que más de uno de ellos recibió o de las indisimuladas amenazas por correveidiles interpuestos.

La primera de las consignas dictada por Moncloa a sus periodistas de cámara consistió en intentar desacreditar y luego recusar a Pedro González-Trevijano, catedrático de Derecho Constitucional, y a Antonio Narváez, fiscal de carrera y número 1 de su promoción, porque su mandato está «caducado». Tanto los iletrados monclovitas como los plumillas a toque de corneta olvidan que un magistrado, sea del tribunal que sea, mantiene su potestad jurisdiccional intacta hasta el día en que cesa en sus funciones. Pero, claro, o no saben o echan mano de la mala baba habitual o quién sabe si las dos cosas a la vez. No hablo de magistrados «conservadores», como tampoco lo hago nunca de jueces «progresistas», porque en este periódico esta terminología capciosa está prohibida. Al revés de lo que han hecho otros medios, nosotros nunca

caeremos en la trampa semántica inventada por la cadena Ser que supone dividir a los grandes jueces en guays, los «progresistas», y reaccionarios, los «conservadores».

El Constitucional se limitó a aplicar su propia doctrina, acreditada incluso en sentencias que han favorecido al Partido Socialista, que sostiene que en una reforma legal no se pueden colar enmiendas con cuestiones ajenas. Si retocas el Código Penal para legalizar los golpes de Estado o abaratar el robo de dinero público, dos golfa-



das como la copa de un pino, no puedes encima perpetrar la salvajada que constituye meter en el mismo saco el retoque ad hoc de la Ley del Poder Judicial y de la del Constitucional para su-

primir el sistema de mayorías reforzadas en la designación de los dos magistrados que corresponde al CGPJ. Sánchez eliminó con el atajo de las enmiendas el derecho de los diputados de la oposición a controlar al Gobierno. Por eso específicamente se concedieron las cautelarísimas.

El sistema de mayorías reforzadas, tres quintos normalmente, garantiza que el proceso de elección de magistrados por parte del Parlamento o del Consejo General del Poder Judicial en el caso que nos ocupa esté lo menos politizado posible. Sánchez persiste en su idea de acabar con esta costumbre y cambiarla por una mayoría simple tanto a la hora de designar a los componentes del Constitucional como cuando se renueve de una vez el CGPJ, que lleva cuatro años en stand-by. Está todo inventado: lo que Sánchez, Otegi, Junqueras e Iglesias anhelan es, ni más ni menos, lo mismito que implementó Hugo Chávez en 2004 cuando okupó el Tribunal Supremo de Venezuela y acabó con la democracia para siempre o, al menos, hasta hoy 25 de diciembre de 2022.

El fin último de este golpe de mano de Pedro Castillo, perdón, Pedro Sánchez, no es otro que tener ya en primera posición de saludo al Tribunal que dirimirá la constitucionalidad de normas como la del «sólo sí es sí» y la Trans o la derogación de la sedición y el abaratamiento de las penas por latrocinio.

Lo de Pedro Sánchez es un golpe de Estado a plazos, no aquél al contado y afortunadamente frustrado que protagonizó Antonio Tejero en 1981, ni tampoco ése que los independentistas catalanes dieron en 2017 y que no fue una «ensoñación» sino una triste realidad que obligó a Felipe VI a saltar a la palestra de noche imitando lo que hizo su padre en un 23-F en el que la entonces imberbe democracia estuvo a punto de irse al carajo. El presidente del Gobierno y sus criminales socios han acelerado su proyecto de cambio de régimen yendo de la ley a la ley como en la Transición, sólo que en esta ocasión el camino no es de la dictadura a la democracia sino al revés, de la democracia a la autocracia o quién sabe si la tiranía.

El siguiente hito en la hoja de ruta será el referéndum de independencia en Cataluña que, obviamente, lo intentarán edulcorar o camuflar como si los españoles fuéramos unos gilipollas integrales. Y el siguiente del siguiente, si España decide darle cuatro años más a este golpista y filoetarra, está claro: un plebiscito sobre el sistema de Estado que consolide la siniestra tarea emprendida de dinamitar la monarquía parlamentaria. El fin último es perogrullesco: ver si suena la flauta y Sánchez sustituye como jefe del Estado a un Rey al que deja atrás, ningunea e intenta humillar en los actos oficiales como vimos en el desfile del 12 de octubre o esta semana en Atocha, cuando *OKDIARIO* descubrió la enésima jugarreta de un personaje que se comporta más como un bufón que como un presidente del Gobierno.

Felipe VI dijo anoche elegantemente «¡basta ya!» con el mejor discurso de Navidad de sus nueve años de reinado. Una alocución en defensa de las instituciones y de una Constitución que nos ha regalado los 44 años más estables de la historia tan acertada en el fondo y en las formas como aquella del 3 de octubre de 2017 en la que el personaje público mejor valorado de este país paró el segundo golpe de Estado de la democracia.

El jefe del Estado le cantó las cuarenta con los habituales implícitos a un Pedro Sánchez que se echó al monte ya en su primera investidura al aliarse con los



etarras que asesinaron a 856 españoles, con los independentistas que se habían rebelado ocho meses antes y con los quintacolumnistas del narcodictador Maduro en Europa. Las pullas reales no tienen desperdicio:

–La Constitución no puede debilitarse ni caer en el olvido–.

–Hay tres riesgos sobre los que

quiero detenerme: la división, el deterioro de la convivencia y la erosión de las instituciones–.

–Los españoles tenemos que seguir decidiendo juntos nuestro destino, nuestro futuro, cuidando nuestra democracia, protegiendo la convivencia y fortaleciendo nuestras instituciones–.

Cuando un animal anda como un pato, tiene la boca como un pato, hace popó como un pato y exclama cada dos por tres el «cuá-cuá» de rigor es obvio que estamos ante un pato y no ante un pavo o un hipopótamo. Por la misma razón cuando nuestro monarca habla de la erosión de las instituciones y del debilitamiento de la Constitución hasta Abundio sabe a quién se está refiriendo. Es una evidencia nivel dios que Sánchez lleva meses dinamitando o invadiendo las instituciones que sirven de contrapeso al Ejecutivo y debilitando la Carta Magna.

Los consejeros áulicos de Moncloa deberían hacer menos la pelota al presidente del Gobierno y recordarle, al más puro estilo de los siervos de los emperadores romanos, que es «mortal». Como quiera que el personaje está desbocado y ellos no han echado mano de ese memento mori imprescindible para evitar tentaciones totalitarias, han tenido que venir siete patriotas encabezados por el primero de los españoles para advertir al presidente menos votado de la democracia que tiene límites, que no puede ser Putin ni Erdogan, ni tampoco una versión posmoderna del Rey Sol, y que todos estamos por debajo de esa ley que es el deber supremo. El lunes y anoche hemos certificado, gracias a estos siete españoles decentes, que no todo está perdido. Ni mucho menos. Y que entre todos conseguiremos que el bien y la legalidad prevalezcan porque sin el uno ni la otra la democracia es papel mojado.

Paradoja del fuego y la gasolina

Tomás Salas

Todos sabemos que aumentan los casos de la (mal) llamada violencia de género. Saltan a los medios casos de agresiones, violaciones, acosos. Para combatir este mal, nuestros responsables políticos y educativos y el coro de las voces orgánicas que repiten al unísono sus consignas corean: hay que actuar en la educación, hay que moldear las tiernas almas de nuestros púberes, antes que crezcan y se conviertan en recalcitrantes machistas.

Y, en efecto, se actúa sobre la escuela. El ámbito educativo es, junto con los medios de comunicación, el lugar favorito para que los difusores de lo *Political*



Correctness difundan sus consignas.

Testigo de esta labor persistente, puedo comentar algunos ejemplos. En una ocasión, una chica joven da una charla sobre violencia de género a alumnos de la primera etapa de la Secundaria. La solución que planteó a esta verdadera lacra es acabar con el papel de varón y mujer que no son más (recuerdo la pa-

labra) que un «constructo», es decir, un convencionalismo social que generamos, pero que no responde a ninguna realidad. Evidentemente, si acabamos con este molesto «constructo», la violencia desaparecería. Infallible: si acabamos con los coches y las carreteras, desaparecen los accidentes de tráfico.

Otro ejemplo. Un representante de una asociación con un nombre complicado expuso a los chicos el siguiente argumento: ¿podéis escoger la ropa que os ponéis? ¿Y los zapatos y el peinado? Pues si podéis escoger esto, que es secundario, cómo no vais a poder elegir vuestro sexo, que es algo fundamental.

El tema, a pesar de que tiene sus aspectos pintorescos, es grave. La ideología de género, el igualitarismo sistemático, está difundiendo un conjunto de valores que van más allá de la reforma o sustitución de instituciones, costumbres, realidades sociales, económicas o políticas. Es algo de más hondo calado: se trastoca el concepto mismo de persona. Podemos decir que estamos ante una revolución antropológica. Y el concepto de persona que se nos propone es el de un ser cuya voluntad tiene una área infinita de actuación y un poder sin límites. Disueltos los grandes valores morales y religiosos (*la fin des grands récits*, que dice Lyotard), abolida la ley natural, ¿quién determina la realidad? Incluso, ¿quién determina mi propia realidad? No queda más que mi voluntad. Voluntad sin verdad ni sentido de lo trascendente, es decir sin límites sin dirección ni objetivo. Es como una enorme fuerza, caudal sin diques, que puede ser constructiva o letalmente destructiva. Esa voluntad no tiene otro principio inspirador que un hedonismo de cortos vuelos. *Carpe Diem*, recoge el gozo si está al alcance de la mano. Di siempre *Sí* al deseo. Se olvida aquella idea de Max Scheler de que el hombre es el único ser que sabe decir *No* a la naturaleza. El único ser vivo con capacidad de ascetismo.

La continua difusión de esta ideología laica, moralmente minimalista, igualitaria y hedonista, ¿está teniendo los buenos resultados que cabe esperar? Basta con asomarse a los medios para ver que no; que las agresiones y violencias aumentan cada día.

Tengo la sensación de que intentamos apagar un fuego arrojándole gasolina.
